

## **Manuel Fons**

(Guadalajara, 1982). Estudió Artes visuales y Letras hispánicas en la Universidad de Guadalajara. Obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento de la Revista Lápiz-cero en 2010. Ese mismo año fue seleccionado como ponente en la Universidad de Oxford. Es autor del libro de relatos, *Manuscrito hallado en un manuscrito* (2009) y dirige la revista, Elipsis.

## El universo en un Smartphone

Lo despierta por las mañanas, lo acompaña en la aburrida fila del banco, le ayuda a sobrellevar las clases, le anima la aburrida diligencia de ir al excusado, le pone formas, colores, movimientos, música a su vida y, en los eventos importantes, es el ojo más fiel y la memoria más fidedigna.

Todos los días limpia la pantalla con un líquido especial para mantenerla brillante y para que responda veloz a las más sutiles caricias. Sus amigos y conocidos del mundo real lo escarnecen con bromas tan estúpidas como que van a conseguirle una vagina con conexión *blue tooth* para que pueda hacerle el amor, pero él no les da mayor importancia, son tan perdedores que ninguno pasa de los trescientos amigos en la red, en tanto él ya rebasó los quince mil, entre Facebook, Twitter, Skype, Google plus y WhatsApp.

Las tres cosas que más ama en su vida virtual, en ese orden, son: los mensajes por *inbox*, los comentarios en sus publicaciones y, los *likes*. Estos últimos le parecen la forma de deferencia más elemental, pero es preferible a la inacción de esa gente que, como el gato de Schödinger, está y no está; en ese caso los elimina por apáticos, por simuladores. Él no es así para nada. Siempre que algo le genera interés, entra en contacto con la gente, tiene ese calor humano, esa voluntad de socializar.

Su mayor orgullo es que, sin ser un destacado artista, ni un sabio, ni un encumbrado deportista o científico, tiene una considerable influencia en la red. Sus memes menos populares tienen veinte *likes* y un par de veces consiguió *trending topic* en Twitter con sus ocurrencias. Su fama no es artificial como la de los cantantes pop que pagan para que los pongan en la radio o esos políticos que se anuncian día y noche como chatarra comercial; su estrella ha sido ganada a pulso, comentario por comentario, meme por meme, *like* por *like*.

Es tan popular que lo molestan los *trolls* y hasta han surgido un par de imitadores. Pero nadie les hace mucho caso, la gente está con él: una vez publicó en Facebook que, si en las calles había prisiones y castigos para los inadaptados, en las redes sociales, debería haber, si no la cámara de gases o la silla eléctrica, al menos la expulsión definitiva, el exilio permanente del paraíso digital. Con este comentario consiguió casi 250 *likes*. Los imitadores no llegan ni a los 15.

Desde que tiene ese SmartPhone, cada vez le aburre más la gente en vivo; el aparato los pone en evidencia. Tiene la teoría de que un día las personas podrán convivir de una manera mucho más eficiente, por medio de chips integrados a su sistema nervioso. Es absurdo limitarse a tres o cuatro personas a la vez, ceñidas al mismo perfil, o las tres dimensiones espaciales de la vieja realidad, cuando él en su iPhone puede charlar al mismo tiempo con diez o veinte personas de diversas partes del mundo y distintos estratos socioeconómicos,

mientras escucha canciones de moda, recibe noticias, ve animaciones en *Tumblr*, lee los nuevos chistes políticos, sabe el pronóstico del clima, y hasta tiene tiempo de solidarizarse con las causas más justas y de opinar con esa agudeza y esa simpatía que lo caracterizan, sobre los alimentos transgénicos, los cambios en las reglas ortográficas, los conflictos en la Franja de Gaza; todo en forma expedita, simultánea, como en el Aleph de Borges y como en la cáscara de nuez de Hamlet, sólo que en esta versión posmoderna, él es el rey de un espacio infinito metido en su Iphone: un universo tan ágil y estimulante que hace ver al mundo real como la aparatosa ENIAC, y a dios todopoderoso, como una burda caricatura de Steve Jobs.